

## Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.homiletica.com.ar](http://www.homiletica.com.ar))
- **FRANCISCO** – Homilía en Santa Marta, 6 de junio de 2013
- **BENEDICTO XVI** – Enc. *Deus Caritas est*, nn. 16 a 18 y Ángelus 2012
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
- **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
- **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
- **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Rev. D. Jordi SOTORRA i Garriga (Sabadell, Barcelona, España)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### DEL MISAL MENSUAL

#### UNA BINA INDISOLUBLE

**Deut 6. 2-6; Heb 7, 23-28; Mc 12, 28-34**

El libro del Deuteronomio hilvana una serie de adverbios de modo para enseñarnos el lugar privilegiado que debe ocupar Dios en nuestra vida. Israel no reconoce sino a un solo Dios y Señor y por eso mismo ha de amarle con absoluta intensidad: con toda el alma, con todas las fuerzas y de todo corazón. La estructura del libro del Deuteronomio está cargada de un aprecio y un respeto por el ser humano. Es una legislación humanista que antepone el valor de toda persona en particular la de los más débiles (viudas, huérfanos, forasteros) a la obediencia rigurosa de las normas. En ese sentido, la nueva síntesis que el Señor Jesús propone al Maestro de Israel, urgiéndole a amar por igual a Dios y al prójimo no es una absoluta novedad. El Señor Jesús, como afirmara san Agustín, hace patente lo que estaba latente en la Antigua Alianza.

#### **ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Sal 37, 22-23

*No me abandones, Señor, Dios mío, no te alejes de mí. Ven de prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvador.*

#### **ORACIÓN COLECTA**

Dios omnipotente y misericordioso, a cuya gracia se debe el que tus fieles puedan servirte digna y laudablemente, concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos tienes prometidos. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón.*

**Del libro del Deuteronomio: 6, 2-6**

**E**n aquellos días, habló Moisés al pueblo y le dijo: “Teme al Señor, tu Dios, y guarda todos sus preceptos y mandatos que yo te transmito hoy, a ti, a tus hijos y a los hijos de tus hijos. Cúmpelos siempre y así prolongarás tu vida. Escucha, pues, Israel: guárdalos y ponlos en práctica, para que seas feliz y te multipliques.

Así serás feliz, como ha dicho el Señor, el Dios de tus padres, y te multiplicarás en una tierra que mana leche y miel.

Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que hoy te he transmitido”. **Palabra de Dios.**

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo, 17, 2-3a. 3 bc-4. 47 y 51ab.*

**R/. Yo te amo, Señor, tú eres mi fuerza.**

Yo te amo, Señor, tú eres mi fuerza, el Dios que me protege y me libera. **R/.**

Tú eres mi refugio, mi salvación, mi escudo, mi castillo. Cuando invoqué al Señor de mi esperanza, al punto me libró de mi enemigo. **R/.**

Bendito seas, Señor, que me proteges; que tú, mi salvador, seas bendecido. Tú concediste al rey grandes victorias y mostraste tu amor a tu elegido. **R/.**

### **SEGUNDA LECTURA**

*Jesús tiene un sacerdocio eterno porque él permanece para siempre.*

**De la carta a los hebreos: 7, 23-28**

**H**ermanos: Durante la antigua alianza hubo muchos sacerdotes, porque la muerte les impedía permanecer en su oficio. En cambio, Jesucristo tiene un sacerdocio eterno, porque él permanece para siempre. De ahí que sea capaz de salvar, para siempre, a los que por su medio se acercan a Dios, ya que vive eternamente para interceder por nosotros.

Ciertamente que un sumo sacerdote como éste era el que nos convenía: santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores y elevado por encima de los cielos; que no necesita, como los demás sacerdotes, ofrecer diariamente víctimas, primero por sus pecados y después por los del pueblo, porque esto lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque los sacerdotes constituidos por la ley eran hombres llenos de fragilidades; pero el sacerdote constituido por las palabras del juramento posterior a la ley, es el Hijo eternamente perfecto. **Palabra de Dios.**

### **ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 14, 23**

**R/. Aleluya, aleluya.**

El que me ama cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y haremos en él nuestra morada, dice el Señor. **R/.**

## EVANGELIO

*Amarás al Señor tu Dios. - Amarás a tu prójimo.*

**Del santo Evangelio según san Marcos: 12, 28-34**

En aquel tiempo, uno de los escribas se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?”. Jesús le respondió: “El primero es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento mayor que éstos”.

El escriba replicó: “Muy bien, Maestro. Tienes razón, cuando dices que el Señor es único y que no hay otro fuera de él, y que amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios”. Jesús, viendo que había hablado muy sensatamente, le dijo: “No estás lejos del Reino de Dios”. Y ya nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

**Palabra del Señor.**

## ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que este sacrificio sea para ti una ofrenda pura, y nos obtenga la plenitud de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 15, 11**

*Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia.*

## ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que aumente en nosotros la acción de tu poder y que, alimentados con estos sacramentos celestiales, tu favor nos disponga para alcanzar las promesas que contienen. Por Jesucristo, nuestro Señor.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es Uno (Dt 6,2-6)**

**1ª lectura**

Nos encontramos ante un texto entrañable, de singular importancia para la fe y la vida del pueblo elegido.

El v. 4 constituye una clara y solemne profesión de monoteísmo, característica distintiva de Israel respecto de los pueblos vecinos de Oriente. La primera palabra hebrea de ese versículo — *shemá* («escucha») — da nombre a la célebre oración recitada durante tantos siglos por los israelitas, y constituida sustancialmente por 6,4-9; 11,18-21 y Nm 15,37-41. Los judíos piadosos continúan rezándola en la actualidad, por la mañana y por la tarde. En la Iglesia Católica, los vv. 4-7 se recitan en las Completas después de las primeras Vísperas de domingos y solemnidades de la Liturgia de las Horas.

El punto culminante es el v. 5, que recuerda otros pasajes del Antiguo Testamento (Dt 10,12; Os 2,21-22; 6,6). El amor que Dios pide a Israel va precedido del amor de Dios por Israel (cfr Dt 5,32-33). Aquí se toca uno de los puntos centrales de la Revelación de Dios a los hombres, tanto en

el Antiguo como en el Nuevo Testamento: por encima de cualquier otra consideración, Dios es Amor (cfr, p.ej., 1 Jn 4,8.16).

Dios pide a Israel un amor completo (v.5). Pero ¿acaso el amor puede propiamente ser objeto de un mandamiento? Lo que Yahwéh reclama de Israel, y de cada uno de nosotros, no se reduce al ámbito de un sentimiento incontrolable por el hombre, sino que pertenece a la esfera de la voluntad. Es un afecto que puede y debe ser cultivado por la toma de conciencia, cada vez más profunda, de nuestra relación filial, como expresará más tarde el Nuevo Testamento en 1 Jn 4,10.19: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados. (...) Nosotros amamos, porque Él nos amó primero». Por tanto, Dios puede propiamente promulgar el precepto del amor, según lo expresado en este versículo de Dt 6,5 y, más adelante, en 10,12-13.

«Con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (v. 5): La fórmula indica el carácter total que debe tener el amor a Dios. El Señor recordará estos versículos (4 y 5) —tan familiares para sus oyentes— al señalar el primero y fundamental de los mandamientos (cfr Mc 12,29-30).

«Cuando le hacen la pregunta: “¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” (Mt 22,36), Jesús responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (Mt 22,37-40; cfr Dt 6,5; Lv 19,18). El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2055).

Las exhortaciones de los vv. 8-9 fueron interpretadas por los judíos en sentido literal. Ahí tienen su origen las filacterias y la *mezuzah*. Las filacterias eran unas pequeñas correas o cintas que se ataban a la frente y al brazo izquierdo, y que llevaban una cajita cada una, con distintos textos bíblicos: los dos del Dt de la *shemá*, más Ex 13,1-10.11-16; en la época del Señor los fariseos las llevaban más anchas para parecer más observantes de la Ley (cfr Mt 23,5). La *mezuzah* es una cajita, fijada en las jambas de las puertas, que contiene un pergamino o papel con los dos textos mencionados del Dt; los judíos la tocan con los dedos, que luego besan, al salir y al entrar en la casa.

### **Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote (Hb 7,23-28)**

#### **2ª lectura**

Como Cristo tiene el sacerdocio de Melquisedec conforme al juramento de Sal 110,4, su sacerdocio es eterno y, por tanto, perpetuo y único. Cristo es el único verdadero y Sumo Sacerdote: mientras que antes hubo muchos sumos sacerdotes levíticos a los que «la muerte les impedía permanecer» (v. 23), Jesucristo continúa intercediendo por nosotros para siempre (v. 25), lo que le hace superior a todo sacerdocio.

Al final se resume y completa lo dicho. La santidad de Cristo y el ofrecimiento de Sí mismo hicieron eficaz su sacrificio de una vez por todas (vv. 26-27). El juramento —la nueva y definitiva Palabra de Dios que ha sustituido a la antigua Ley— ha constituido Sumo Sacerdote al Hijo, que es «perfecto para siempre» (v. 28). Cristo, por decirlo de algún modo, sigue ofreciendo al Padre el sacrificio de su paciencia, de su humildad, de su obediencia y de su amor. Por esto siempre podemos acercarnos a Él para encontrar salvación: *Por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad de Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino, que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara* (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 116).

El sacerdocio único de Cristo se prolonga en el sacerdocio ministerial cristiano. «El sacrificio redentor de Cristo es único, realizado una vez por todas. Y por esto se hace presente en el sacrificio eucarístico de la Iglesia. Lo mismo acontece con el único sacerdocio de Cristo: se hace presente por el sacerdocio ministerial sin que con ello se quebrante la unicidad del sacerdocio de Cristo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1545).

### **Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mc 12,28b-34)**

#### **Evangelio**

A lo largo de estos capítulos, Marcos ha recogido las asechanzas de los «príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos» (11,27), de los «fariseos y herodianos» (12,13) y de los «saduceos» (12,18). Ahora, tras la contestación de Jesús al escriba, el evangelista anota que ninguno se atrevía ya a hacerle preguntas (v. 34). Sin embargo, la actitud leal y bienintencionada del escriba (v. 28) es muy distinta de las de sus predecesores. Por eso Jesús se entretiene en instruirle y él es capaz de reconocer la profundidad de la respuesta de Cristo. «El amor de Dios es lo primero que se manda, y el amor del prójimo lo primero que se debe practicar. (...) Tú, que todavía no ves a Dios, amando al prójimo te harás merecedor de verle a Él. El amor del prójimo limpia los ojos para ver a Dios, como dice claramente Juan: Si no amas al prójimo, a quien ves, ¿cómo vas a amar a Dios, a quien no ves? (cfr 1 Jn 4,20)» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 17,8).

---

### **SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.homiletica.com.ar](http://www.homiletica.com.ar))**

#### **El más grande mandamiento**

1. Nuevamente pone el evangelista la causa por que debieran los émulo de Jesús guardar silencio, y por ese solo hecho os hace ver su atrevimiento. ¿Cómo y de qué manera? Porque en el momento en que los saduceos habían sido reducidos a silencio, le atacan otra vez los fariseos. Porque cuando, siquiera por eso, debieran haberse callado, ellos vuelven a sus ataques anteriores, y le echan ahora por delante a un doctor de la ley, no porque tengan ganas de aprender nada, sino con intención de ponerle en apuro.

Y así le preguntan cuál es el primer mandamiento. Como el primer mandamiento era: *Amarás al Señor, Dios tuyo, esperando que les diera algún asidero si acaso intentaba corregirlo, puesto que Él mismo declaraba ser Dios, de ahí la pregunta que le dirigen. ¿Qué contesta, pues, Cristo? Para hacerles ver la causa por que habían venido a preguntarle, que no era otra que su falta absoluta de caridad, estar consumidos por la envidia y ser presa de los celos, les contesta: Amarás al Señor Dios tuyo. Éste es el primero y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¿Por qué es el segundo semejante al primero? Porque le prepara el camino y por él a su vez es confirmado. Porque: Todo el que obra mal, aborrece la luz y no viene a la luz<sup>1</sup>. Y otra vez: Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios<sup>2</sup>, ¿Y qué se sigue de ahí? Se corrompieron y se hicieron abominables en sus ocupaciones<sup>3</sup>. Y otra vez: La raíz de todos los males*

---

<sup>1</sup> Jn 3, 20. El pensamiento de San Juan Crisóstomo se completa si ponemos la misma frase pero en positivo: “El que obra el bien, es decir, el que ama a su prójimo, ama la luz y va a la luz, es decir, ama a Dios y se encuentra con Dios”.

<sup>2</sup> Sal 52, 1; 13, 1.

<sup>3</sup> Sal 13, 2. Aquí se muestra la interacción que hay entre el primer y el segundo mandamiento, pero haciendo ver que el no ama a Dios no puede amar a su prójimo: los que no creyeron en Dios y no lo amaron (“Dijeron: no hay Dios”), “se corrompieron en sus ocupaciones”, es decir, no amaron a los hombres.

es el amor al dinero, y por buscarlo, algunos se han extraviado de la fe<sup>4</sup>. Y: El que me ama, guarda mis mandamientos<sup>5</sup>.

Ahora bien, todos sus mandamientos y como la suma de ellos es: Amarás al Señor, Dios tuyo, y a tu prójimo como a ti mismo. Sí, pues, amar a Dios es amar al prójimo—porque, Si me amas, le dice a Pedro, apacienta mis ovejas<sup>6</sup>—y el amar al prójimo hace guardar los mandamientos, con razón añade el Señor: En estos mandamientos está colgada toda la ley y los profetas. De ahí justamente que haga aquí lo que había hecho anteriormente. Porque, preguntado allí sobre el modo de la resurrección y qué cosa fuera la resurrección, para dar una lección a los saduceos, respondió más de lo que se le había preguntado; y aquí, preguntado por el primer mandamiento, responde también sobre el segundo, que no es muy diferente del primero. Porque: El segundo es semejante al primero, dándoles a entender de dónde procedía su pregunta, es decir, de pura enemistad. Porque la caridad no es envidiosa<sup>7</sup>. Por aquí demuestra que Él obedece a la ley y a los profetas.

Más ¿por qué razón Mateo dice que este doctor le preguntó para tentarle, y Marcos lo contrario?: Porque, viendo Jesús—dice—que había respondido discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios<sup>8</sup>. No hay contradicción entre los evangelistas, sino perfecta concordia. Porque el doctor de la ley le preguntó sin duda tentándole al principio; luego, por haber sacado provecho de la respuesta del Señor, es alabado. Y tampoco le alabó al principio. Sólo cuando dijo que amar al prójimo era mejor que todos los holocaustos, le replicó el Señor: No está lejos del reino de Dios. El doctor había sabido desdeñar lo bajo de la religión y había comprendido el principio de la virtud. A la verdad, a este amor del prójimo tendía todo lo otro, los sábados y lo demás. Y ni aun así le tributó el Señor alabanza completa, sino con alguna reserva. Decirle, en efecto, que no estaba lejos, era afirmar que algo distaba, y era a par invitarle a buscar lo que le faltaba.

Por lo demás, no hay que sorprenderse de que el Señor alabe al doctor de la ley por haber dicho: Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro; por este pasaje debemos más bien darnos cuenta de cómo el Señor se acomoda en sus respuestas a las ideas de quienes le preguntan. Porque si bien los judíos dicen mil cosas indignas de la gloria de Cristo, una cosa, sin embargo, no se atreverán a decir: que no sea Dios en absoluto. —¿Cómo, pues, alaba al doctor de la ley, cuando dice que no hay otro Dios fuera del Padre? —No es, ni mucho menos, que se excluya a sí mismo de ser Dios; sino que, como no había aún llegado el momento de revelar su propia divinidad, le deja al doctor permanecer en el dogma primero y le alaba de conocer tan bien lo antiguo. Era un modo de prepararle para la enseñanza del Nuevo Testamento, cuando fuera momento de introducirla. Por lo demás, las palabras: Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro, ni en el Antiguo Testamento ni en otra parte se dicen para rechazar al Hijo, sino por contraposición a los ídolos. De suerte que, al alabar al doctor por haber dicho eso, en este sentido le alaba el Señor.

(Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 71, 1. BAC Madrid 1956 (II), pp. 437-440)

---

**FRANCISCO – Homilía en Santa Marta, 6 de junio de 2013**

**Desenmascarando ídolos ocultos**

---

<sup>4</sup> 1 Tm 6, 10: el amor al dinero, pecado de avaricia contra el prójimo, hace desviar de la verdadera fe y del amor a Dios.

<sup>5</sup> Jn 14, 15.

<sup>6</sup> Jn 21, 16.

<sup>7</sup> 1 Co 13, 4.

<sup>8</sup> Mc 12, 34.



Descubrir «los ídolos ocultos en los numerosos dobleces que tenemos en nuestra personalidad», «expulsar los ídolos de la mundanidad, que nos convierte en enemigos de Dios»: fue la invitación del Papa Francisco durante la misa matutina de hoy.

La exhortación a emprender «el camino del amor a Dios», a ponerse en «camino para llegar» a su Reino, fue la coronación de una reflexión centrada en el Evangelio de Marcos (12, 28-34), cuando Jesús responde al escriba que le interroga sobre cuál es el más importante de los mandamientos. La primera observación del Pontífice fue que Jesús no responde con una explicación, sino que usa la Palabra de Dios: «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor».

«La confesión de Dios se realiza en la vida, en el camino de la vida; no basta decir —advirtió el Papa—: yo creo en Dios, el único»; sino que requiere preguntarse cómo se vive este mandamiento. En realidad, con frecuencia se sigue «viviendo como si Él no fuera el único Dios» y como si existieran «otras divinidades a nuestra disposición». Es lo que el Papa Francisco define como «el peligro de la idolatría», la cual «llega a nosotros con el espíritu del mundo».

Pero ¿cómo desenmascarar estos ídolos? El Santo Padre ofreció un criterio de valoración: son los que llevan a contrariar el mandamiento «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor». Por ello «el camino del amor a Dios —amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma— es un camino de amor; es un camino de fidelidad». Hasta el punto de que «al Señor le complace hacer la comparación de este camino con el amor nupcial». Y esta fidelidad nos impone «expulsar los ídolos, descubrirlos», porque existen y están bien «ocultos, en nuestra personalidad, en nuestro modo de vivir»; y nos hacen infieles en el amor.

Jesús propone «un camino de fidelidad», según una expresión que el Papa Francisco encuentra en una de las cartas del apóstol Pablo a Timoteo: «Si no eres fiel al Señor, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Él es la fidelidad plena. Él no puede ser infiel. Tanto es el amor que tiene por nosotros». Mientras que nosotros, «con las pequeñas o no tan pequeñas idolatrías que tenemos, con el amor al espíritu del mundo», podemos llegar a ser infieles. La fidelidad es la esencia de Dios que nos ama.

---

## **BENEDICTO XVI – Enc. *Deus Caritas est*, nn. 16 a 18 y Ángelus 2012**

### **Encíclica *Deus Caritas est***

#### **Amor a Dios y amor al prójimo**

**16.** Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: “Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la *Primera carta de Juan* apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar

más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada *Carta de Juan* (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues “Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este “antes” de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por “concluido” y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*<sup>9</sup>, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío<sup>10</sup>. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el

---

<sup>9</sup> Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XX, 4.

<sup>10</sup> Cf. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11: CCL 27, 32.



sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo “piadoso” y cumplir con mis “deberes religiosos”, se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación “correcta”, pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos –pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta– han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un “mandamiento” externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (cf. *1 Co* 15, 28).

\*\*\*

## **Ángelus 2012**

### **Se debe amar a todos, incluso a quien no se lo merece**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

El evangelio de este domingo (*Mc* 12,28-34) nos propone la enseñanza de Jesús sobre el mandamiento más importante: el mandamiento del amor, que es doble: amar a Dios y amar al prójimo.

Los santos, que acabamos de celebrar juntos en una única fiesta solemne, son aquellos que, confiando en la gracia de Dios, tratan de vivir de acuerdo a esta ley fundamental. De hecho, el mandamiento del amor lo puede aplicar plenamente quien vive en una relación profunda con Dios, así como el niño se hace capaz de amar a partir de una buena relación con su madre y su padre.

San Juan de Ávila, a quien recientemente he proclamado Doctor de la Iglesia, escribe así al inicio de su *Tratado del Amor de Dios*: "La razón, dice, que empuja mayormente nuestro corazón al amor de Dios, es el considerar profundamente el amor que Él tuvo por nosotros... Esto, además de los beneficios, mueve el corazón a amar; porque el que hace al otro un beneficio, le da algo que tiene; pero el que ama, se entrega a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede algo más para dar" (n. 1). Antes de ser un mandato -el amor no es un mandato-, es un regalo, una realidad que Dios nos hace conocer y experimentar, de modo que, como una semilla pueda también germinar dentro de nosotros, y desarrollarse en nuestra vida.

Si el amor de Dios ha echado raíces profundas en una persona, esta es capaz de amar incluso a quien no lo merece, así como Dios hace con nosotros. El padre y la madre no quieren a sus hijos

solo cuando se lo merecen: lo aman siempre, aunque es natural que le hacen entender cuando se equivocan.

De Dios, aprendemos a querer siempre y solamente el bien y nunca el mal. Aprendemos a mirar al otro no solo con nuestros ojos, sino con la mirada de Dios, que es la mirada de Jesucristo. Una mirada que sale del corazón y no se detiene en lo superficial, va más allá de las apariencias y captura los más profundos anhelos del otro: de ser escuchado, de una atención gratuita; en una palabra: de amor. Pero también se produce en la dirección opuesta: que abriéndome al otro tal como es, yendo hacia él, haciéndome disponible, me abro también para conocer a Dios, para sentir que está allí y que es bueno. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables y están en relación recíproca.

Jesús no inventó ni lo uno ni lo otro, pero reveló que son, después de todo, un solo mandamiento, y lo hizo no solo con la palabra, sino sobre todo con su testimonio: la persona misma de Jesús y todo su misterio encarnan la unidad del amor de Dios y del prójimo, como los dos brazos de la Cruz, vertical y horizontal. En la Eucaristía, Él nos da este doble amor, dándose a Sí mismo, para que, alimentados de este Pan, nos amemos los unos a otros como Él nos ha amado.

Queridos amigos, por intercesión de la Virgen María, oremos a fin de que todo cristiano sepa mostrar su fe en el Dios único y verdadero con un claro testimonio de amor al prójimo.

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Amarás al Señor tu Dios**

En la primera lectura escuchamos estas palabras de Moisés dirigidas al pueblo:

«Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas».

Este texto está considerado como el «credo» del pueblo hebreo. Se llama Shema, por las palabras en hebreo con que comienza. Es difícil no exagerar la importancia de estas palabras. Son el fundamento del monoteísmo judío y cristiano. Todo judío piadoso las recitaba tres veces al día, de cara al templo de Jerusalén; una práctica que también Jesús y sus apóstoles siguieron fielmente. Son las palabras contenidas en las así llamadas filacterias o franjas, que los hebreos ortodoxos traen también hoy, atadas al brazo o en un pequeño estuche, llamado Mezuzah, que llevan en la frente y cuelgan en la puerta de la casa. Muchos hebreos, en Auschwitz, iban hacia la muerte con estas palabras en los labios: Shema, Israel. En un manuscrito, encontrado en 1952 junto a uno de los hornos crematorios, está descrito un episodio dramático. Un rabino, proveniente de Francia, Moshe Friedman, antes de ir a la muerte se acercó a un alto funcionario nazi y, habiéndose aproximado junto al bávaro, «con voz leonina» le anunció el castigo divino por todo lo que hacían a su pueblo; en consecuencia, se puso el sombrero en la cabeza y «con infinito arrojo» se puso a proclamar: «¡Shema, Israel!» Todos los demás hebreos le siguieron gritando a su vez: ¡Shema, Israel! Y, escribe el testigo de la escena, que un extraordinario sentido de lo sobrenatural se apoderó de todos los presentes.

El Evangelio de hoy nos desvela el planteamiento de Jesús hacia este credo de Israel. Un día uno de los escribas se acercó a Jesús, preguntándole cuál era el primer mandamiento de la Ley y Jesús respondió citando las palabras, que hemos escuchado, y haciendo de ellas el «primero de los mandamientos». Pero, Jesús añadió de inmediato que hay un segundo mandamiento semejante a este; y es: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Según Mateo, Jesús concluyó su diálogo con el escriba diciendo: «De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas» (Mateo 22,40).

Para entender el sentido de la pregunta del escriba y de la respuesta de Jesús, es necesario tener en cuenta una cosa. En el judaísmo del tiempo de Jesús notamos dos tendencias opuestas. Por una parte, estaba la tendencia a multiplicar sin fin los mandamientos y preceptos de la Ley, anunciando normas y obligaciones para cada mínimo detalle de la vida (había quien contaba 365 como los días del año, quien 613, quien muchas más). Por otra, se advertía la necesidad opuesta de descubrir por debajo de este cúmulo asfixiante de normas las cosas que verdaderamente cuentan para Dios, el alma de todos los mandamientos. Se cuenta, por ejemplo, que un día un discípulo pidió al gran maestro Hillel que le instruyera sobre toda la ley durante el tiempo, en que hubiese conseguido permanecer en pie, apoyándose sólo sobre uno de ellos; y el maestro le respondió: «Lo que tú rechazas que sea hecho en ti, no lo hagas a los demás. Ésta es toda la Ley».

La pregunta del escriba y la respuesta de Jesús se insertan en esta línea de búsqueda de lo esencial de la Ley para no desparramarse en otros mil preceptos secundarios. Y, precisamente, es esta lección de método, ante todo, la que deberíamos aprender del Evangelio de hoy. Hay cosas en la vida que son importantes, pero, no urgentes (en el sentido de que, si no las haces, no sucede aparentemente nada); por el contrario, hay cosas que son urgentes, pero, no importantes. El riesgo nuestro es sacrificar sistemáticamente las cosas importantes para correr detrás de las urgentes, frecuentemente secundarias del todo.

¿Cómo prevenimos contra este peligro? Lo explico con un cuento. Un día, un viejo profesor fue llamado como experto para hablar a los cuadros superiores de algunas grandes compañías norteamericanas sobre la planificación más eficaz del propio tiempo. Decidió, entonces, intentar hacer un experimento. De pie, ante el grupo dispuesto a tomar apuntes, sacó de debajo de la mesa una gran copa de cristal vacía. A la vez, tomó igualmente una docena de grandes piedras, como pelotas de tenis, que puso delicadamente una a una en la copa hasta llenarla. Cuando ya no se podían añadir otras piedras, preguntó a los alumnos: «¿Os parece que la copa está llena?» y todos respondieron: «¡Sí!» Esperó algún instante y añadió: «¿Estáis seguros?»

Se inclinó de nuevo y sacó de debajo de la mesa una bolsa llena de grava, que esparció cuidadosamente por encima de las grandes piedras, moviendo ligeramente la copa para que la grava pudiese filtrarse entre las grandes piedras hasta el fondo. «¿Esta vez, está llena la copa?», preguntó de nuevo. Siendo más prudentes, los alumnos comenzaron a entender y respondieron: «Quizás, todavía no». «¡Bien!» respondió el viejo profesor. Se inclinó, de nuevo, y sacó esta vez un saquito de arena, que con precaución esparció en el vaso. La arena llenó todos los espacios entre las piedras y la grava. En consecuencia, preguntó de nuevo: «¿Está llena ahora la copa?» Y todos, sin dudar, respondieron: «¡No!» «En efecto», respondió el viejo; y, como se esperaban, tornó una garrafa, que estaba debajo de la mesa, y vertió el agua hasta el borde en el vaso.

Llegado a este punto, el viejo profesor levantó los ojos hacia el auditorio y preguntó: «¿Este experimento qué gran verdad nos demuestra?» El más audaz, pensando en el tema del curso (la planificación del tiempo), respondió: «Esto demuestra que todavía cuando nuestra agenda está completamente llena, con un poco de buena voluntad, se puede siempre añadirle algún compromiso más, cualquier otra cosa a hacer». «No, respondió el profesor, no es esto. Lo que el experimento demuestra es otra cosa: que, si no se ponen primero las grandes piedras en el vaso, no se conseguirá nunca a continuación hacer entrar nada». Tras un momento de silencio, todos tomaron conciencia de la evidencia de la afirmación. Por lo tanto, prosiguió: «¿Cuáles son las grandes piedras, las prioridades en vuestra vida? ¿La salud? ¿La familia? ¿Los amigos? ¿Defender una causa? ¿Realizar

algo que os es muy querido? Lo importante es poner primero estas grandes piedras en vuestra agenda. Si se da la prioridad a miles de otras pequeñas cosas (la grava, la arena) se llenará la vida de tonterías y no se encontrará nunca tiempo para dedicarse a las cosas verdaderamente importantes. Por lo tanto, no olvidéis plantearas frecuentemente la pregunta: “¿Cuáles son las grandes piedras de mi vida?” ni de ponerlas en el primer lugar en vuestra agenda». Después, el viejo profesor saludó al auditorio con un gesto amigable y abandonó la sala.

Instructivo, ¿verdad? Sin embargo, nosotros no somos cuadros de dirigentes de negocios preocupados sólo por actuar lo mejor en la vida; somos creyentes, que desean conocer más el Evangelio y saber qué deben hacer para «poseer la vida eterna» (cfr. Mateo 19, 16). Por esto, a las «grandes piedras» mencionadas por el profesor, la salud, la familia, los amigos..., se deben añadir otras dos, que son las mayores de todas; esto es, los dos más grandes mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo.

Verdaderamente, amar a Dios, más que un mandamiento es un privilegio, un beneplácito. Si un día lo descubrimos, no cesaremos de dar gracias a Dios por el hecho de que nos manda amarle y no queremos hacer otra cosa más que cultivar este amor. Es el único amor, que no decepciona nunca, que está en disposición de satisfacer plenamente la necesidad infinita de amor, que hay en el corazón humano. La experiencia me ha convencido que la causa más universal de sufrimiento en el mundo no es la enfermedad u otras cosas del género sino la falta de amor; especialmente, cuando ésta se manifiesta en el matrimonio, que debiera ser su cuna.

San Agustín, después de haber buscado el amor por muchos caminos, en las Confesiones, llega a esta conclusión: «Tú nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Aprender a amar a Dios, y con él al prójimo, significa haber encontrado finalmente el lugar del propio descanso, la fuente misma de la felicidad.

Poner a buen seguro las dos «grandes piedras» para que ellas tengan el primer puesto, al menos el día del Domingo, significa ser capaces de dejarlo todo, si es necesario, para dedicar tiempo a Dios y al alma, escuchando la palabra de Dios y participando en la Misa. Quiere decir que, si debo escoger, durante la tarde, entre el estadio o campo de fútbol y la visita a un enfermo o a un anciano, que está solo, no escogeré sistemáticamente el estadio... Os dejo llevándoos con nosotros la pregunta del viejo profesor: «¿Cuáles son las grandes piedras en mi vida?»

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Vivir para Dios**

En el fragmento evangélico de san Marcos que hoy nos presenta la Iglesia, Jesús responde a la pregunta sobre cuál es el primero de los mandamientos, citando el pasaje correspondiente del Antiguo Testamento que todo israelita conocía bien: lo más importante para el hombre es amar a Dios y, por tanto, debe poner en ello lo mejor de sí mismo. El escriba que realiza la pregunta alaba la respuesta del Señor, y Jesús entonces le dice: **No estás lejos del Reino de Dios.**

Tal vez debamos preguntarnos nosotros si buscamos amar a Dios con toda la fuerza de nuestra vida. Muy posiblemente tendremos esa intención si somos cristianos. Aunque también puede suceder que, con esa intención, el deseo de amar a Dios sea pocas veces manifestado de corazón y se note en nuestra conducta menos de lo que el Señor se merece. Resulta muy expresiva, por esto, la fórmula deuteronomica del primer mandamiento que conocían de memoria todos los habitantes de Palestina: **... con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas.**

Dios no se merece menos del fervor del hombre. Consientes, por otra parte, de que no podemos corresponder en justicia, pues somos criaturas frente a al Creador, intentaremos, como dice el primer mandamiento, poner lo mejor de nosotros mismos para honrar a Dios.

Es muy importante, en todo caso, proponerse expresamente amar a Dios como fin de la vida. Desear “que todas nuestras obras comiencen por El y por El terminen”, como concluye una conocida oración de la Liturgia. Luego, es necesario concretar; habrá que proponerse en cada caso aquella perfección que el Señor espera en nuestros quehaceres; intentando “con todo el corazón con toda el alma con toda la mente y con todas las fuerzas” que los talentos, muchos o pocos, recibidos de Dios rindan todo lo posible. La vida del hombre en este mundo, contemplada a la luz del primer mandamiento, no es sino una permanente oportunidad de amar a Dios.

Nuestro Señor, que conoce nuestros talentos: la capacidad de cada uno, su carácter y sus limitaciones, pues somos hechura suya; sólo espera que hagamos lo posible por amarlo. Decía santa Teresa que **Dios no tiene necesidad de nuestras obras, sino de nuestro amor**. En cada circunstancia de nuestra vida tenemos una ocasión. Tenemos a Dios muy cerca, al alcance de nuestro pensamiento, podemos –¡debemos!– dirigirnos a El de continuo, siempre con palabras, como los niños se dirigen su padre: les piden, quizá casi siempre le piden; les manifiestan cariño, con toda confianza, con ternura; les piden perdón, arrepentidos, posiblemente llorando, por su torpeza, porque no hicieron caso..., por su tozudez. Sin embargo, siempre acaban felices y orgullosos de su padre, porque saben que siempre lo tienen de su parte.

¿Qué hacer si todavía, por ejemplo, no trabajo de modo admirable? Quizá me falta hábito de trabajo, por diversos motivos culpables o no; o tengo menos paciencia de la que conviene. Pues hoy y ahora, puedo intentar amarlo con todas mis fuerzas, con toda mi alma. Mañana, si sigo esmerándome en agradarle con mi conducta, si continúo con el propósito de vivir para El, posiblemente acabaré mis cosas con más perfección que hoy y le amaré más. En ello se verá lo auténtico de mi afán por Dios. En todo caso, nunca puedo decir ya es bastante, como si pensase que soy perfecto en todo. Toda mi vida podré afinar un poco más, sin necesidad de caer en el escrúpulo. Será intentándolo con afán de enamorado, que desea de sí siempre más para su Amor.

¡Concédeme, Dios mío, verte esperando mi vida; esta vida de hoy con sus ventajas y sus inconvenientes para unos ojos humanos, pero muy interesante de todas formas porque en todo caso puede ser para Ti!

Es posible que nos sintamos como deslumbrados por algunos otros afanes, que, aunque puedan admirarnos y apetecernos son pequeños. Necesitamos unas gafas de realidad que nos permitan contemplar el mundo y la vida con Dios y a nosotros mismos frente a El: sólo para El. Todo lo demás es bueno, muy bueno incluso, pues todo es criatura suya, pero, sobre todo –como Él quiere– ocasión para servirle y para que el hombre reconozca la grandeza de su Creador.

Nuestra Madre del Cielo alaba a Dios porque hizo en Ella cosas grandes, por eso nada en su vida la distraía de El. Lo miraba a la vez como hija, como esposa y como madre. A Ella le pedimos que nos alcance de la Trinidad luz para descubrir en cada instante una ocasión de amar.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

*“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón”*

Tres veces, en el curso del nuevo ciclo trienal, la liturgia nos propone este pasaje del Evangelio El año pasado, más o me nos en la misma fecha, nos lo hizo escuchar en el relato del

evangelista Mateo; este año lo hemos escuchado por medio de Marcos y el año próximo lo volveremos a escuchar por medio de Lucas.

El contenido es simple; se reduce a los dos mandamientos: Amarás al Señor Dios tuyo; Amarás a tu prójimo. Las diferencias, en el texto de los tres sinópticos, son mínimas: según Marcos y Mateo, es Jesús quien resume la ley en los dos mandamientos; según Lucas, fue el “doctor de la ley” quien lo hizo y Jesús lo aprobó. Pero ambas versiones son históricas, incluso porque no se des carta que Jesús se haya tenido que ocupar más de una vez del mismo problema. Se trataba, en efecto, de un tema que apasionaba a los espíritus religiosos de la época. La ley de Moisés se había ido llenando de preceptos, explicaciones, reinterpretaciones; surgía espontáneamente preguntarse: ¿qué es lo esencial entre tantas reglas, qué da unidad al todo?

La respuesta de Jesús a esta pregunta fue: ¡amar a Dios y amar al prójimo! El año pasado (30º domingo) consideramos jun tos los dos preceptos en su inseparable unidad y nos dimos cuenta de que justamente en esta unidad (o equilibrio) consiste la in novación más profunda traída por Jesús: “El amor a Dios y el amor al prójimo son como dos puertas que se abren en forma simultánea: imposible abrir una sin abrir la otra, imposible cerrar una sin cerrar, al mismo tiempo, también la otra” (Kierkegaard, Diario, TI, p. 201).

Este año es la propia liturgia la que nos guía en la elección del punto de vista a desarrollar. En el Salmo responsorial, hemos repetido juntos: “¡Yo te amo, Señor, mi fuerza!”. Por lo tanto, por más que la empresa nos parezca superior a nuestras fuerzas, hoy no podemos echarnos atrás; de una buena vez debemos fijar la mi rada decididamente en el “primero y más grande mandamiento” de la ley y del Evangelio: ¡Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón!

¿Un amor por orden? Todos sabemos que es un contrasentido y que no resulta posible; el amor es la cosa más libre que ha ya y no se obtiene por imposición externa, estableciendo un “mandamiento” de amar. Por otra parte, Dios no sabría qué hacer con un amor de constricción. “Cuando se ha probado una vez qué significa ser amados libremente –dice Dios– las sumisiones ya no tienen ningún gusto. Cuando se ha probado ser amados por hombres libres, las postraciones de esclavos ya no dicen nada” (Ch. Péguy). Y además, para amar es necesario ser semejantes, tener algo en común, o bien ser complementarios. Es así que un amigo ama al amigo y el hombre ama a su mujer. Pero entre nosotros y Dios, ¿qué afinidad o complementariedad puede haber? Él es Espíritu y nosotros somos carne (cfr. Is. 31, 3); él es Dios y nosotros somos hombres (cfr. Os. 11, 9); él es la abundancia y nosotros, la indigencia.

Impresionados por estas objeciones, muchos intérpretes de la Biblia han creído conveniente explicar así el mandamiento de Cristo: Jesús no nos pide para Dios “que no se ve” (cfr. 1 Jn. 4, 20) un amor subjetivo, sino sólo un amor objetivo, es decir, no nos pi de sentir aquel particular sentimiento y transporte del corazón que experimenta quien ama a otra persona, sino sólo hacer la voluntad de Dios, en otras palabras, nos pide acciones, no sentimientos.

Es éste el pensamiento que inspiró, pienso, la elección de la Aclamación al Evangelio: El que me ama será fiel a mi palabra (Jn. 14, 15). ¿Quién no recuerda aquel dicho de Jesús: *Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos* (Jn. 14, 15)? Un amor, se diría, que compromete total y únicamente, no sólo la voluntad, sino también el corazón y la persona toda entera, con sus recursos afectivos y su “impulso vital”. ¡Un amor sin alegría, porque no hay alegría sin impulso vital!

Pero todo esto induce a una inquietante comparación. El mundo está lleno de un amor así. “frío”; se leen continuamente, en especial en las revistas femeninas, confesiones de mujeres casadas que dicen cumplir todo el “propio deber” con el marido, sacrificarse por él hasta el heroísmo, pero



sin amarlo, sin sentir ningún transporte afectuoso por él. ¿Estamos seguros de que lo que Dios quiere para sí es un amor como éste? Nos vuelve a la mente, entonces, que Jesús ha especificado: “con todo tu corazón, con todas tus fuerzas”. También nos vuelve a la mente que, en la época de Jesús, también los filósofos paganos conocían el amor de Dios como deber: “asimilarse a Dios”, imitar su belleza y su bondad (Platón) o su impassibilidad (estoicos); eran máximas corrientes. ¿En qué consiste entonces la novedad de la Biblia con respecto a Platón?

La respuesta está contenida justamente en aquella palabra de la Aclamación del Evangelio que he recordado: El que me ama será fiel a mi palabra; sólo que falta rever su interpretación. El sentido de la frase no es: si alguien es fiel a mi palabra, ha hecho todo lo necesario para amarme; sino que, al contrario, es: ¡si alguien me ama, éste –y éste solamente– podrá ser fiel a mi palabra! Tanto es así que Jesús puede también agregar: El que no me ama no es fiel a mis palabras (Jn. 14, 24): es decir, no puede ser fiel.

El amor es la causa, no el efecto del cumplimiento; este último es, más que nada, el signo visible y el reflejo del amor, y es también, se entiende, su verificación y su autenticación. En la duda, tan natural para nosotros, acerca de si se trata de verdadero amor a Dios, o sólo de ilusión y de exaltación, Jesús nos da un criterio de discernimiento: el cumplimiento de su palabra y de sus mandamientos y, en forma totalmente especial, de “su” mandamiento, que es el amor al prójimo.

¿Pero qué es este misterioso amor a Dios que precede a toda práctica y a toda respuesta del hombre, y que, mejor aún, la promueve y la hace posible? Es la elección de Dios, aquella que los teólogos llaman “la opción fundamental”: algo que nace y crece al mismo tiempo que la fe y la esperanza y que, como la fe y la esperanza, es un don (la virtud teológica de la caridad). Por lo tanto, tal elección es posible con una condición: que primero sea Dios quien nos elija y nos ame. Pero esta condición se ha realizado: y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero...Nosotros amamos porque Dios nos amó primero (1 Jn. 4, 10.19).

Está todo aquí: nosotros podemos amar a Dios incluso con aquel otro amor más integral, más subjetivo y “experimental”, más humano, en suma, porque él nos amó primero, y al amarnos, ha creado en nosotros una capacidad nueva, ha anulado todos aquellos “desniveles” entre el Espíritu y la carne, entre Dios y el hombre. A tal “capacidad” nosotros la llamamos “gracia”; san Pablo se refiere a ella cuando habla de la caridad que Dios ha derramado, por medio del Espíritu, en nuestros corazones, y gracias a la cual podemos llamarlo Abba, es decir, papá (cfr. Rom. 5, 5). “Llamarlo”, se entiende, no sólo con palabras, sino con aquel impulso, con aquella confianza que un niño que se siente amado por el padre, experimenta cuando, a la noche, lo ve volver a entrar, corre hacia él y se deja alzar por él contra su mejilla. (Es el profeta Oseas quien atribuye a Dios esta imagen: Os. 11,4).

¿Resulta accesible también para nosotros tal tipo de confianza y de amor en relación con Dios? Alguno –dado el cariz que ha tomado nuestro discurso– se habrá desalentado y habrá renunciado a creer que la cosa se refiera a él personalmente: ¿quién no sintió nunca algo similar?

Sin embargo, nosotros deberíamos tener más confianza en la palabra de Dios y en la experiencia de tantos hermanos que nos dicen que todo eso es posible. Me atrevería a decir que deberíamos tener confianza también en nuestra experiencia (además que en la de los santos). Tal vez, volviendo a pensarlo, nos daríamos cuenta de que también para nosotros hubo un momento en la vida en el cual hemos estado cerca de tal experiencia. La elección de Dios era más límpida y operante; su recuerdo, cuando afloraba, catalizaba toda el alma y flotaba, por así decirlo, sobre todo el resto, llenándonos de seguridad y de alegría: ¡Dios existe; existe para mí; me quiere! Es difícil distinguir

entre el amor “por” Dios y el amor “de” Dios: las dos cosas se experimentan juntas; cuando nos sentimos amados por Dioses un signo de que amamos a Dios.

A propósito de experiencia, quisiera volver a recordar aquella hermosa exclamación del Salmo responsorial: “Yo te amo, Señor, mi fuerza”; ¡la experiencia de Dios como fuerza y, en primer lugar, como fuerza de amar! Poder decir también nosotros: ¡Dios es...la Roca de mi corazón! (Sal. 73. 26). Es necesario esforzarse por sentirlo adentro; decirlo no sirve casi para nada. Es necesario, sobre todo, desear el amor y rezar para obtenerlo; pedir, sin cansarnos, que el Padre nos haga hacer, antes de morir, la experiencia más fuerte de toda la existencia humana: la de ser amados por Dios y amar a Dios.

Quisiera finalizar esta meditación recordando algunas voces de grandes enamorados de Dios. San Pablo, que escribía: ¡Si alguien no ama al Señor, que sea maldito! (1 Cor. 16, 22); sólo el amor queda para siempre, incluso después de haber cesado la fe y la esperanza (cfr. 1 Cor. 13. 8 ss.); san Juan de la Cruz, que agregaba: “Al final de la vida seremos juzgados sobre el amor”; san Agustín que, convertido, iba repitiendo con añoranza: “¡Tarde te he amado, o Belleza siempre nueva; tarde te he amado” y, finalmente, san Francisco, que llenaba el bosque del monte de Verna con el lamento: “¡El amor no es amado; el amor no es amado”, y pasaba las noches repitiendo: “¡Mi Dios y mi todo”

A quien nos esté susurrando que en este impulso del corazón hacia nuestro Dios se puede ocultar ilusión, compensación y no sé que otra cosa mala, diremos que no podemos renunciar por esto; diremos que “el corazón tiene sus razones que la razón [y el psicoanálisis] no conoce” (Pascal). Nosotros nos confiamos a aquellas razones que no son sólo del corazón, sino sobre todo de la fe. El amor a Dios ha sido infundido en nuestro corazón mediante el Espíritu; tal vez sólo debemos redescubrirlo entre el fárrago de tantos otros inútiles o dañinos amores que terminarán con nosotros o antes que nosotros.

Para que esto suceda nosotros rezamos; repetimos a Dios durante años y, si es preciso, durante toda la vida, aquella invocación: Dame una prueba de tu bondad (Sal. 86, 17): ¡dame una señal de que me quieres; hazme hacer la experiencia del amor filial para que mi corazón se dilate y yo corra (antes que arrastrar me) por la vida de tus mandamientos (cfr. Sal. 119.32); haz que yo te ame por encima de todas las cosas y que ame a todas las cosas en ti; que no haya en mi corazón “otro Dios salvo tú”, ningún ídolo o “dios extranjero” que provoque tus justos celos! ¡Haz que te ame, Señor, mi fuerza!

---

## **BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

### ***Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II***

#### **Homilía en la Parroquia de San Lucas (4-XI-1979)**

##### **– El primer mandamiento**

Cristo dice: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él...” (Jn 14,23). En el centro mismo de la enseñanza de Cristo se halla el gran mandamiento del amor.

Este mandamiento ya fue inscrito en la tradición del Antiguo Testamento, como lo testimonia la primera lectura de hoy, tomada del libro del Deuteronomio.

Cuando el Señor Jesús responde a la pregunta de uno de los escribas, se remonta a esta redacción de la Ley divina, revelada en la Antigua Alianza:

“¿Cuál es el primero de los mandamientos?”

El primero es...amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Mayor que éstos no hay mandamiento alguno” (Mc 12,28-31).

Ese interlocutor a quien evoca San Marcos, aceptó con reflexión la respuesta de Cristo. La aceptó con aprobación profunda. Es necesario que también nosotros reflexionemos brevemente sobre este “mandamiento más grande”, para poderlo aceptar de nuevo con plena aprobación y con profunda convicción. Ante todo, Cristo difunde el primado del amor en la vida y en la vocación del hombre. La vocación mayor del hombre es la llamada al amor. El amor da incluso el significado definitivo a la vida humana. Es la condición esencial de la dignidad del hombre, la prueba de la nobleza de su alma. San Pablo dirá que es “el vínculo de la perfección” (Col 3,14). Es lo más grande en la vida del hombre, porque –el verdadero amor– lleva en sí la dimensión de la eternidad. Es inmortal: “la caridad no pasa jamás”, leemos en la Carta primera a los Corintios (1 Cor 13,8). El hombre muere por lo que se refiere al cuerpo, porque éste es el destino de cada uno sobre la tierra, pero esta muerte no daña al amor que ha madurado en su vida. Ciertamente permanece, sobre todo para dar testimonio del hombre ante Dios, que es amor. Designa el puesto del hombre en el Reino de Dios; en el orden de la comunión de los santos. El Señor Jesús dice en el Evangelio de hoy a su interlocutor, viendo que comprende el primado del amor entre los mandamientos: “No estás lejos del Reino de Dios” (Mc 12,34).

### **– Dios y el prójimo**

Son dos los mandamientos del amor, como afirma expresamente el Maestro en su respuesta, pero el amor es uno solo. Uno e idéntico, abraza a Dios y al prójimo. A Dios: sobre todas las cosas, porque está sobre todo. Al prójimo: con la medida del hombre y, por tanto, “como a sí mismo”.

Estos dos amores están estrechamente unidos entre sí, que el uno no puede existir sin el otro. Lo dice San Juan en otro lugar: “El que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). Por lo tanto, no se puede separar un amor del otro. El verdadero amor al hombre, al prójimo, por lo mismo que es amor verdadero, es, a la vez, amor a Dios. Esto puede sorprender a alguno. Ciertamente sorprende. Cuando el Señor Jesús presenta a sus oyentes la visión del juicio final, referida en el Evangelio de San Mateo, dice: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; preso, y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36).

Entonces los que escuchan estas palabras se sorprenden, porque oímos que preguntan: “Señor, ¿cuándo te hemos hecho todo esto?” Y la respuesta es: “En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno solo de mis hermanos más pequeños –esto es, a vuestro prójimo, a uno de los hombres–, a mí me lo hicisteis” (cfr. Mt 25,37.40).

Esta verdad es muy importante en toda nuestra vida y para nuestro comportamiento. Es particularmente importante para quienes tratan de amar a los hombres, pero “no saben si aman a Dios>>, o, desde luego, declaran no “saber” amarlo. Es fácil explicar esta dificultad, cuando se considera toda la naturaleza del hombre, toda su psicología. De algún modo al hombre le resulta más fácil amar lo que ve, que lo que no ve (cfr. Jn 4,20).

**– Llamada al amor**

Sin embargo, el hombre está llamado –y está llamado con gran firmeza, lo atestiguan las palabras del Señor Jesús– a amar a Dios, al amor que está sobre todas las cosas. Si hacemos una reflexión sobre este mandamiento, sobre el significado de las palabras escritas ya en el Antiguo Testamento y repetidas con tanta determinación por Cristo, debemos reconocer que nos dicen mucho del hombre mismo. Descubren la más profunda y, a la vez, definitiva perspectiva de su ser, de su humanidad. Si Cristo asigna al hombre como un deber este amor, a saber, el amor de Dios a quien él, el hombre, no ve, esto quiere decir que el corazón humano esconde en sí la capacidad de este amor, que el corazón humano es creado “a medida de este amor”. ¿No es acaso esta la primera verdad sobre el hombre, es decir, que él es la imagen y semejanza de Dios mismo? ¿No habla San Agustín del corazón humano que está inquieto hasta que descansa en Dios?

Así, pues, el mandamiento del amor de Dios sobre todas las cosas descubre una escala de posibilidades interiores del hombre. Esta no es una escala abstracta. Ha sido reafirmada y encuentra constantemente confirmación por parte de todos los hombres que toman en serio su fe, el hecho de ser cristianos. Sin embargo, no faltan los hombres que han confirmado heroicamente esta escala de las posibilidades interiores del hombre.

En nuestra época nos encontramos con una crítica, frecuentemente radical, de la religión, con una crítica de la cristiandad. Y entonces también este “mandamiento más grande” resulta víctima del análisis destructivo. Si se libra de esta crítica e incluso se aprueba el amor al hombre, se rechaza, en cambio, por varios motivos, el amor a Dios. Con frecuencia esto se hace simplemente como expresión atea de la visión del mundo.

En el contacto con esta crítica que se presenta de diversas formas, ya sea sistemáticamente, ya de manera circulante, es necesario ponderar al menos sus consecuencias en el hombre mismo. Efectivamente, si Cristo, mediante su mandamiento más grande, ha descubierto la escala plena de las posibilidades interiores del hombre, entonces debemos responder dentro de nosotros mismos a la pregunta: rechazando este mandamiento, ¿acaso no empequeñecemos al hombre?

En este momento, es suficiente que limite sólo a hacer esta pregunta.

“Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador; Dios mío, peña mía, refugio mío...” (Sal 17/18, 1-3).

Deseo, pues, que en cada uno de vosotros y en todos se realicen las palabras de Cristo: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada” (Jn 14,23).

\*\*\*

***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

El amor a Dios con todo el corazón y al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los sacrificios. Esta afirmación del letrado que había preguntado a Jesús cuál era el mandamiento principal, mereció la alabanza de Cristo y le aseguró que no estaba lejos del Reino de Dios.

Amar a Dios es cumplir sus mandamientos, su Voluntad. Jesús ha asegurado que el que hace la Voluntad del Padre que está en los cielos es *su hermano, su hermana y su Madre*. Esto es, alguien tan querido como su propia Madre.

El amor a Dios es inseparable del amor al prójimo: “*Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso*”. Análogamente tampoco sería verdad que

amamos a nuestro Padre-Dios, si no quisiéramos también a nuestros hermanos, sin excepción. Toda apelación al amor puede parecer lírica y vaporosa, idealista y poco práctica frente a la sólida realidad de los conflictos familiares, laborales, académicos, políticos..., porque la vida significa luchar, competir, devolver golpe por golpe si no quieres que te marginen. Por otra parte, no somos iguales y los conflictos son inevitables. Esto es verdad, pero también es cierto que esos conflictos no se solucionan con enfrentamientos. Es más importante tener unión que tener razón.

“No es posible –enseña Newman– encontrar a dos personas, por muy íntimas que sean, por mucho que congenien en sus gustos y apreciaciones, por mucha afinidad de sentimientos espirituales que existan entre las mismas, que no se vean obligadas a renunciar, en beneficio mutuo, de muchos de sus gustos y deseos si quieren vivir juntas felizmente”. Quien no ama se autoexcluye de quienes le tratan y tampoco será amado por Dios.

No habrá armonía entre nosotros si no existe una reserva de renuncia y comunión que sacrifique nuestras opiniones y gustos en aras de la unidad. No se ama a Dios si no se está dispuesto a que nuestra voluntad se subordine a la de Dios; y no hay amor a los demás si, en cuestiones opinables, nos empeñamos en que sea nuestra voluntad la que se imponga. Por decirlo con acento andaluz: *es preferible tener armonía que salirme siempre con la mía.*

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

#### ***“¿Por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien la afianzamos”***

No le importa al autor sagrado repetir cuantas veces sean necesarias la idea de que Israel tiene que ser fiel a Yavé porque le ha llevado a la tierra prometida. Por eso el “amarás al Señor tu Dios con todo el corazón”, lo llevaban tan profundamente clavado en el alma y en los labios que todo israelita recita a diario la “semá” (escucha). Pero, lejos del temor ante Dios, el amor ha de mover a su pueblo para cumplir con lo mandado. Ese método recordatorio: “Las escribirás en las jambas de tu casa”, se tomó al pie de la letra en algún momento, y se guardaba a la entrada de las casas una cajita (mezuzá), con este texto escrito.

Jesús, repitiendo la “semá”, conserva intacto aquel precepto. Se incluía también al prójimo, sin excluir a los extranjeros. Lo original de Jesús es unir ambos mandatos en un solo principio moral. Una expresión, “no estás lejos del Reino de Dios”, señala que aún le faltaba algo a aquel escriba.

Por más que muchas leyes no se acepten porque para algunos son equivalentes a la pérdida de libertad, sin ellas, el mundo será un caos. Cuando la sociedad toma conciencia de que ayudan a ser libres, no solamente las cumple, sino que las agradece. Al fin y al cabo somos nosotros mismos los que nos damos los cauces de paz y armonía.

— “Maestro, ¿qué he de hacer...?”:

“Cuando le hacen la pregunta, «¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?» (Mt 22,36), Jesús responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas» (Mt 22,37-40). El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley” (2055).

— La Ley nueva, ley del amor:

“La Ley nueva es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad, porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo «que ignora lo que hace su señor», a la de amigo de Cristo, «porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15), o también a la condición de hijo heredero” (1972).

— “Hubo..., bajo el régimen de la antigua alianza, gentes que poseían la caridad y la gracia del Espíritu Santo y aspiraban ante todo a las promesas espirituales y eternas, en lo cual se adherían a la ley nueva. Y, al contrario, existen, en la nueva alianza, hombres carnales, alejados todavía de la perfección de la ley nueva: para incitarlos a las obras virtuosas, el temor del castigo y ciertas promesas temporales han sido necesarias, incluso bajo la nueva alianza. En todo caso, aunque la ley antigua prescribía la caridad, no daba el Espíritu Santo, por el cual «la caridad es difundida en nuestros corazones» (Rm 5,5)” (Santo Tomás de Aquino, s. th.,1-2,107,1 ad 2) (1964).

El que cumple la voluntad de Dios por amor ha alcanzado la “libertad gloriosa de los hijos de Dios”.

---

## **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

### **Amar con obras.**

#### **– El Primer mandamiento.**

**I.** Los textos de la Misa nos muestran la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y a la vez la perfección y la novedad de éste. En la Primera lectura<sup>11</sup> vemos ya enunciado con toda claridad el Primer mandamiento: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Era un pasaje muy conocido por todos los judíos, pues lo repetían dos veces al día, en las plegarias de la mañana y de la tarde.

En el Evangelio<sup>12</sup> leemos cómo un doctor de la Ley le hace una pregunta llena de sinceridad al Señor. Este doctor había oído el diálogo de Jesús con los saduceos y había quedado admirado de su respuesta. Esto le movió a conocer mejor las enseñanzas del Maestro: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?, le pregunta. Y Jesús, a pesar de las duras acusaciones que lanzará contra los fariseos y los escribas, se detiene ahora ante este hombre que parece querer conocer sinceramente la verdad. Al final del diálogo, incitándole a dar un paso más definitivo ante la conversión, tendrá para él una palabra alentadora: No estás lejos del Reino de Dios, le dirá. Jesús se detiene siempre ante toda alma en la que se inicia el más pequeño deseo de conocerle. Ahora, pausadamente, el Señor le repite las palabras del texto sagrado: Escucha Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...

Éste es el primero de los mandamientos, resumen y culminación de todos los demás. Pero, ¿en qué consiste este amor? El Cardenal Luciani –que más tarde sería Juan Pablo I–, comentando a San Francisco de Sales, escribía que “quien ama a Dios debe embarcarse en su nave, resuelto a seguir la ruta señalada por sus mandamientos, por las directrices de quien lo representa y por las

---

<sup>11</sup> Dt 6, 2-6.

<sup>12</sup> Mc 12, 28-34.



situaciones y circunstancias de la vida que Él permite”<sup>13</sup>. Y recuerda un diálogo figurado con Margarita, esposa de San Luis rey de Francia, cuando estaba a punto de embarcarse para las Cruzadas. Ella desconocía dónde iba el rey y no tenía el menor interés por visitar los lugares donde tendría que hacer escala; tampoco le importaban demasiado los peligros que seguramente surgirían. La reina sólo tenía interés en un asunto: estar con el rey. “Más que ir a ningún sitio, yo le sigo a él”.

“Ese rey es Dios, y Margarita somos nosotros si de veras amamos a Dios”. ¿Qué interés puede tener estar aquí o allí si estamos con Dios, al que amamos sobre todas las cosas? ¿Qué puede importar estar sanos o enfermos, ser ricos o pobres...? Sólo Él basta: el lugar donde estemos, el dolor que podamos sufrir, el éxito o el fracaso, no sólo tienen un valor siempre relativo, sino que nos han de ayudar a amar más. Bien podemos seguir el consejo de la Santa: “Nada te turbe, // nada te espante, // todo se pasa, // Dios no se muda, // la paciencia todo lo alcanza; // quien a Dios tiene // nada le falta: // sólo Dios basta”<sup>14</sup>.

– **Correspondencia al amor que Dios nos tiene.**

**II.** Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza. // Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, // mi fuerza salvadora, mi baluarte<sup>15</sup>, rezamos con el Salmo responsorial.

Este Salmo 17 es como un Te Deum que David dirige a Yahvé para darle gracias por las muchas ayudas que recibió a lo largo de su vida<sup>16</sup>. El Señor le libró de sus enemigos, especialmente de las manos de Saúl, le dio la victoria sobre los pueblos gentiles, le devolvió Jerusalén después de haber tenido que abandonarla a causa de la insurrección de su hijo Absalón. David siempre encontró en su Señor apoyo y ayuda. De ahí su reconocimiento y su amor: Yo te amo, Señor, fortaleza mía. Él fue siempre su aliado: peña, refugio, roca segura, escudo protector... Yahvé fue siempre su amparo: Yahvé me libró porque me amaba<sup>17</sup>. Cada uno de nosotros puede repetir estas mismas palabras. Lo determinante de nuestra vida, lo que aparta todas las tinieblas y tristezas es el hecho de que Dios nos ama. Esta realidad llena el corazón de esperanza y de consuelo. Y en esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que vivamos por Él. En eso está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados<sup>18</sup>. La Encarnación es la revelación suprema del amor de Dios por cada uno de sus hijos. Pero este amor preexistía a toda manifestación desde la eternidad: Te amé con amor eterno<sup>19</sup>. Es anterior a cualquier propósito creador, ya que representa lo más íntimo de la esencia divina. Santo Tomás enseña que este amor es la fuente de todas las gracias que recibimos<sup>20</sup>.

Es más, para que podamos amarle, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado<sup>21</sup>. «Fuimos amados –enseña San Agustín– cuando todavía le éramos desagradables, para que se nos concediera algo con que agradarle»<sup>22</sup>. En otro lugar, comenta el Santo: «Oye cómo fuiste amado cuando no eras amable; oye cómo fuiste amado

<sup>13</sup> Cfr. A. Luciani, *Ilustrísimos señores*, pp 127-128.

<sup>14</sup> Santa Teresa. *Poesías VI*, p 1123.

<sup>15</sup> Salmo Responsorial, *Sal 17*, 2-4; 17; 51.

<sup>16</sup> Cfr. D. de las Heras, *comentario ascético-teológico sobre los salmos*, Zamora 1988, p. 61.

<sup>17</sup> *Sal 17*, 17-20.

<sup>18</sup> *Jn 4*, 9-10

<sup>19</sup> *Jr 31*, 3

<sup>20</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*. I, q. 43, a. 5.

<sup>21</sup> *Rm 5*, 5.

<sup>22</sup> Cfr. San Agustín. *Comentario al Evangelio de San Juan*, 102, 5.

cuando eras torpe y feo; antes, en fin, de que hubiera en ti cosa digna de amor. Fuiste amado primero para que te hicieras digno de ser amado»<sup>23</sup>.

¿Cómo no vamos a corresponder a un amor tan grande? El Señor nos pide que le amemos con obras y con el afecto de nuestro corazón, que cada día conoce más y mejor ese camino hacia la Trinidad que es le Humanidad Santísima de Jesús. El Padre ama al Hijo<sup>24</sup> y nos ama a nosotros: Tú les has amado como me has amado a Mí<sup>25</sup>. Tanto nos ama cuanto nosotros amamos al Hijo: El que me ama será amado por mi Padre<sup>26</sup>.

El amor pide obras: confianza de hijos, cuando no acabamos de entender los acontecimientos; acudir a Él siempre, todos los días, y especialmente cuando nos sentimos más necesitados; agradecimiento alegre por tanto don como recibimos; fidelidad de hijos, allí donde nos encontremos... “En el castillo de Dios tratemos de aceptar cualquier puesto: cocineros o fregones de cocina, camareros, mozos de escuadra, panaderos. Si al Rey le place llamarnos a su Consejo privado, allí iremos, pero sin entusiasrnos demasiado, sabiendo que la recompensa no depende del puesto, sino de la fidelidad con que sirvamos”<sup>27</sup>. En el lugar donde nos encontremos, en la situación concreta por la que pasa nuestra vida, Dios nos quiere felices, pues en esas circunstancias podemos ser fieles al Señor. ¡Tantas veces necesitaremos decirle: “Señor, te amo..., pero enséñame a amarte!”.

– Amor con obras.

**III.** Cuando apenas había unas pocas monedas en el recién fundado convento de San José de Ávila, se comía pan duro y poco más, pero nunca faltaban velas para el altar, y todo lo que se refería al culto era escudo y bueno..., dentro de la penuria en que se encontraban. Un visitante que pasó por allí, preguntó un poco escandalizado: «¿Un lienzo perfumado para que el sacerdote se seque las manos antes de la Misa?».

La Madre Teresa, con el rostro encendido de devoción, se echó la culpa a sí misma: «Esta imperfección –contestó– la tomaron mis monjas de mí. Pero cuando recuerdo que el Señor se quejó del fariseo porque no le había recibido honrosamente, quisiera que todo, desde el umbral de la Iglesia, estuviese empapado de bálsamo»<sup>28</sup>. El Señor no es indiferente a estas muestras sinceras de un corazón que sabe querer.

Amamos al Señor cumpliendo los mandamientos y nuestros deberes en medio del mundo, evitando toda ocasión de pecado, ejerciendo la caridad en mil detalles..., y también en esos gestos que pueden parecer pequeños pero que van llenos de delicadeza y de cariño para el Señor: una genuflexión bien hecha ante el Sagrario, la puntualidad en las prácticas de piedad, una mirada a una imagen de Nuestra Señora... Son precisamente estas expresiones que parecen pequeñas las que mantienen encendido ese amor al Señor que no se debe apagar nunca.

Todo lo que hacemos por el Señor es sólo una pequeñez ante la iniciativa divina. *Dios me ama... Y el Apóstol Juan escribe: “amemos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó primero”. –Por si fuera poco, Jesús se dirige a cada uno de nosotros, a pesar de nuestras innegables miserias, para preguntarnos como a Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?”...*

---

<sup>23</sup> Idem, *Sermón* 142.

<sup>24</sup> *Jn* 3, 35

<sup>25</sup> *Jn* 17, 23.

<sup>26</sup> *Jn* 14, 21.

<sup>27</sup> A. Luciani, *o.c.*, p. 128

<sup>28</sup> Cfr. M. Auclair, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, Palabra, 5ª ed., Madrid 1985, p. 182.

*–Es la hora de responder: “¡Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo!”, añadiendo con humildad: ¡ayúdame a amarte más, auméntame el amor!<sup>29</sup>.*

---

**Rev. D. Jordi SOTORRA i Garriga (Sabadell, Barcelona, España) ([www.evangelii.net](http://www.evangelii.net))**

**¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?**

Hoy, está muy de moda del amor a los hermanos, de justicia cristiana, etc. Pero apenas se habla del amor a Dios.

Por eso tenemos que fijarnos en esa respuesta que Jesús da al letrado, quien, con la mejor intención del mundo le dice: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» (Mc 12,29), lo cual no era de extrañar, pues entre tantas leyes y normas, los judíos buscaban establecer un principio que unificara todas las formulaciones de la voluntad de Dios.

Jesús responde con una sencilla oración que, aún hoy, los judíos recitan varias veces al día, y llevan escrita encima: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12,29-30). Es decir, Jesús nos recuerda que, en primer lugar, hay que proclamar la primacía del amor a Dios como tarea fundamental del hombre; y esto es lógico y justo, porque Dios nos ha amado primero.

Sin embargo, Jesús no se contenta con recordarnos este mandamiento primordial y básico, sino que añade también que hay que amar al prójimo como a uno mismo. Y es que, como dice el Papa Benedicto XVI, «amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero».

Pero un aspecto que no se comenta es que Jesús nos manda que amemos al prójimo como a uno mismo, ni más que a uno mismo, ni menos tampoco; de lo que hemos de deducir, que nos manda también que nos amemos a nosotros mismos, pues al fin y al cabo, somos igualmente obra de las manos de Dios y criaturas suyas, amadas por Él.

Si tenemos, pues, como regla de vida el doble mandamiento del amor a Dios y a los hermanos, Jesús nos dirá: «No estás lejos del Reino de Dios» (Mc 12,34). Y si vivimos este ideal, haremos de la tierra un ensayo general del cielo.

---

<sup>29</sup> San Josemaría, *Forja*, n. 497.